

12

LA DIFÍCIL MODERNIDAD IBÉRICA

Los poemas de Unamuno a Castilla y Portugal

Miguel Ángel García

Resumen

Los poemas de Unamuno a Castilla y Portugal dejan ver la adecuación de estas dos tierras y de sus respectivos caracteres nacionales al sentimiento trágico en la vida de los hombres y los pueblos que está en la raíz misma de la filosofía de nuestro autor. En ambos casos, extrae la historia de la geografía, un alma característica (de acuerdo con la práctica de la *Völkerpsychologie*) del paisaje. Las almas de Castilla y Portugal también se transparentan en sus literaturas, desde los clásicos del Siglo de Oro español (San Juan de la Cruz y Santa Teresa, Fray Luis de León, Cervantes, Lope de Vega, Calderón) hasta los portugueses más o menos contemporáneos de Unamuno (Eugénio de Castro, Antero de Quental, Teixeira de Pascoaes, Castelo Branco, Guerra Junqueiro, Laranjeira, Oliveira Martins). La visión intrahistórica de estos dos pueblos es incompatible con la modernidad burguesa, entendida como progreso material, desarrollo técnico e industrialización. El autor de *Por tierras de Portugal y de España* los aparta del camino seguido por Europa, pero a la vez sienta las bases de una suerte de iberismo espiritual.

Términos clave: Unamuno, poesía, intrahistoria, modernidad, iberismo.

Abstract

Unamuno's poems to Castile and Portugal reveal the suitability of these two lands and their respective national characters to the tragic sentiment in the lives of men and peoples, which lies at the very root of our author's philosophy. In both cases, he extracts the history from the geography, a characteristic soul (in accordance with the practice of *Völkerpsychologie*) from the landscape. The souls of Castile and Portugal also become transparent in their literatures, from the classics of the Spanish Golden Age (San Juan de la Cruz and Santa Teresa, Fray Luis de León, Cervantes, Lope de Vega, Calderón) to the Portuguese more or less contemporary to Unamuno (Eugénio de Castro, Antero de Quental, Teixeira de Pascoaes, Castelo Branco, Guerra Junqueiro, Laranjeira, Oliveira Martins). The intrahistorical vision

of these two peoples is incompatible with bourgeois modernity, understood as material progress, technical development, and industrialization. The author of *Por tierras de Portugal y de España* distances them from the path followed by Europe, but at the same time lays the foundations for a kind of spiritual Iberism.

Key terms: Unamuno, poetry, intrahistory, modernity, Iberism

Paisaje y paisanaje de Castilla

En un artículo de 1906 recogido en *Paisajes del alma*, Unamuno afirma que la hermosura del paisaje es, en gran parte, un efecto de sugestión literaria. Pocas tierras, sigue apuntando, han necesitado más de la labor sugestionadora de los escritores y poetas que la austera y parda llanura castellana (2005, 126). Nada más claro entonces que Castilla como paisaje es una construcción literaria, una proyección del “alma” que se mira en ella. Senabre pone de relieve la relación entre paisaje y estado anímico, el carácter confesional de los paisajes unamunianos (2004, xiv). Nuestro autor plantea sin ir más lejos, de la mano de Byron, que si un paisaje es un estado de conciencia, un estado de conciencia también es un paisaje (2005, 187). No sin puntualizar en otro momento que el paisaje se le sube al alma y se le hace alma, “no estado de conciencia conforme a la conocida sentencia literaria”, alma y no espíritu, psique y no pneuma (199). El paisaje castellano se hace alma de quien lo contempla al mismo tiempo que revela el alma de esa tierra y por extensión de España, porque también para Unamuno, como para Machado, como para Ortega y Gasset, Castilla hizo la nación española (1971, 127). La encina, con su verdura perenne, es la flor de una tierra toda corazón de piedra, de hueso, cascajosa, lavada y desollada: “Y esta es, sin duda, la primera lección de historia de España” (2005, 129). La geografía explica la historia. Estamos ante un paisaje historizado, como ya señalaba Laín Entralgo (Morales Moya 2005, 45).

Unamuno comulga con la idea positivista del determinismo del medio físico, puesto que del paisaje se deducen un alma, un carácter o una psicología nacional, como predica la *Völkerpsychologie* (Cardis 1953, 79; Bustos Tovar 1973, 88–89; Morón Arroyo 1997, 22; Fox 1997, 50–51; García Zarza 1997, 353, 359; Garrido Ardila 2004, 86–87, 100; Juaristi 2001, 10 y 2012, 235). En “País, paisaje y paisanaje”, un artículo de 1933, reconoce haber rastreado la historia en la geografía (2005, 200). Al paisaje le da sentido un paisanaje. Había adelantado esta interrelación en 1895 al abordar el casticismo castellano, que no sería sino producto de un clima extremado en calor y frío, de unos campos ardientes y dilatados, una llanura inacabable: “El paisaje se presenta recortado, perfilado, sin ambiente casi, en un aire trasparente y sutil” (1971, 137). Y así la crueldad del clima y la tristeza de un paisaje uniforme y monótono en sus contrastes de luz y sombra, en sus tintas disociadas y pobres en matices (139), engendran una casta de complexión dura y sarmentosa, de hombres sobrios (142) con espíritu también cortante y seco (150). El alma castiza castellana es belicosa e indolente, pasa del arranque a la impasibilidad (169). Unamuno explica a partir de ella el marasmo actual de España: “Nos gobierna, ya la voluntariedad del arranque, ya el abandono fatalista” (223). El “viejo espíritu histórico nacional” reacciona contra la europeización por la que aboga nuestro autor (237). Su socialismo espiritualista, a lo místico en lugar de a lo científico (Garrido Ardila 2004, 93),

Modernidades ibéricas

el “socialismo limpio y puro” iniciado por Marx al que alguna vez considera la verdadera religión de la humanidad, pero con cuyo “dogmatismo” economicista tropieza (Fernández Turienzo 1971, 60; Juaristi 2012, 218–222), le lleva también a exaltar al pueblo y a poner en liza el célebre concepto de intrahistoria: “España está por descubrir y solo la descubrirán españoles europeizados. Se ignora el paisaje, y el paisanaje y la vida toda de nuestro pueblo” (1971, 238–239). Así es como afronta Unamuno la modernización de España en esta coyuntura inicial de su pensamiento.

Salvando la proclama de europeización, que no resiste a la decisiva crisis de 1897, al igual que ocurre con el progresismo político de los conceptos de pueblo e intrahistoria (Garrido Ardila 2004, 94), lanzados contra el de casticismo o casta histórica, la unión entre paisaje y alma se mantiene en el poema que abre la sección “Castilla” de *Poesías* (1907). La tierra nervuda, enjuta y despejada de Castilla levanta en la rugosa palma de su mano al sujeto poético hasta el cielo, que es amo de esa tierra. La espiritualización del paisaje ya es completa:

Con la pradera cóncava del cielo
lindan en torno tus desnudos campos,
tiene en ti cuna el sol y en ti sepulcro
y en ti santuario.

Es todo cima tu extensión redonda
y en ti me siento al cielo levantado,
aire de cumbre es el que se respira
aquí, en tus páramos.

(Unamuno 1997, 81)

Los planos del cielo y la llanura castellana se fusionan. Esta última es toda cima, cumbre. Los campos altos lindan con el cielo, que a su vez es como una pradera cóncava que los envuelve. Son campos desnudos, tostados por el sol, que brota de la llanura y se esconde en ella, convirtiéndola en su santuario. Antes había escrito en prosa, pero no con menos poesía, lo siguiente: “¡Qué hermosura la de una puesta del sol en estas solemnes soledades! Se hincha al tocar el horizonte como si quisiera gozar de más tierra, y se hunde, dejando polvo de oro en el cielo, y en la tierra sangre de luz” (1971, 138); o bien: “Me paré un momento a ver cómo se acostaba en la llanura el sol, que al tocarla se ensanchó como abrazándola” (2004a, 30). El sol es padre de Castilla, leemos en el poema “Salamanca” (1997, 84). Pero la visión religiosa de esa tierra no se queda en la imagen del santuario. Por su poder a la hora de iniciar el movimiento ascendente del alma (Bustos Tovar 1973, 135), Castilla es propiamente un altar: ¡Ara gigante, tierra castellana! (1997, 81). Ara gigante de Castilla llama Unamuno al Ameal de Pablo, en la sierra de Gredos, a su vez “espinazo de Castilla” (2004b, 387), “verdadero corazón de Castilla”, corazón desnudo, todo roca, a cuya cima hay que ir a recibir “el sacramento de la confirmación de la Patria” (2001, 86).

Apenas se cruzan en el poema que comentamos, de clara ideología castellanófila, geografía e historia, paisaje y paisanaje: esa tierra es “madre de corazones y de brazos” (1997, 81), una imagen que hace pensar en el Machado de *Campos de Castilla* (“La madre en otro tiempo fecunda en capitanes”); además, en ella el presente toma “viejos colores del noble antaño” (la mirada machadiana acentúa este contraste temporal: “Castilla miserable, ayer

dominadora”). Historia y geografía se abrochan más explícitamente en *Paisajes* (1903): el pueblo campesino y guerrero de Castilla no tiene clara conciencia de la hermosa soledad de la austera llanura que lo sustenta; no ha bañado su viril independencia y su anárquica altivez en la calma sedante de la campiña: “Su campo fue campo de labor y de batalla, al que la lucha de ocho siglos no le dio bastante tregua para mirarlo con ojos de paz y de sosiego” (2004a, 4). Unamuno descubre un “íntimo enlace” entre el soplo guerrero que movió durante esos ocho siglos el espíritu castellano y la sequedad de este frente a la hermosa sencillez de las vastas llanuras en las que desplegaba sus hazañas (12–13). Destaca así, en otra ocasión, la grandiosidad épica de la llanura (2001, 85).

El campo de Castilla es como el fondo oculto de la más genuina literatura castellana (2004a, 6–7). Nuestro autor habla del “alma del vasto páramo castellano” en relación con Segismundo, Santa Teresa o San Juan de la Cruz (de ellos se había ocupado al desentrañar el espíritu castellano en *En torno al casticismo*). Puede decirse que, como Azorín, descubre el alma castellana o nacional, la identidad colectiva (Morón Arroyo 1997, 21; Fox 1997, 47–49), en el paisaje y en los clásicos. A propósito del paraje salmantino de La Flecha y de Fray Luis de León, exalta un paisaje modesto, sencillo, lírico, en el que la tierra parece un mero soporte del cielo (2004a, 11); una idea esta que aflora en el poema a Castilla, como hemos visto, y que vuelve a aparecer en varias ocasiones: la naturaleza castellana no recrea el espíritu, sino que nos desase más bien del pobre suelo, envolviéndonos en el cielo puro, desnudo y uniforme (1971, 139); en Castilla todo es cima, en ella se abarca más cielo que tierra, perdiéndose esta en lontananza (2004c, 45); en Castilla el espíritu se desase del suelo y se levanta, el alma sube a las alturas a contemplar sobre horizontes inacabables y secos una bóveda azul y serena, con lo cual se explica que estos campos hayan producido almas enamoradas del ideal, desde los místicos a los conquistadores, pasando por supuesto por don Quijote (94); la meseta castellana es toda ella cima (2004d, 375); de esta tierra sube una gran serenidad a juntarse con la que baja del cielo (2004b, 414); Salamanca, la académica palanca de su visión de Castilla, como la llamará en un poema del *Cancionero*, es poso del cielo en la tierra (481, 606); el páramo inmenso sostiene en redondo al cielo (550); el ancho y redondo llano de Castilla es todo él cumbre (551); sobre Ávila, ciudad dermatoesquelética, con la osamenta por de fuera, como el alma castellana, se abre el cielo como la palma de la mano del Señor (583); toda Castilla es cumbre y con Madrid puja al cielo (2005, 75); en las llanuras castellanas todo es cima (116); toda esta tierra es una cumbre que se inclina suavemente hacia la lejana mar, que es el morir (135–136); los llanos castellanos son cumbres (137); desde Medinaceli en ruinas, que Unamuno describe machadianamente como “barbacana sobre Aragón en tierra castellana”, ve “subir al cielo de Dios a nuestra España” (144); la tierra está llena de cielo y el cielo está como henchido de tierra, soldándose uno y otra (149); la noble encina aguarda a que el cielo y la tierra se confundan en lazo eterno (1997, 83).

La imagen ya aparecía en el artículo “En Alcalá de Henares, Castilla y Vizcaya” (1889), que se inicia con la cita de unos versos de Núñez de Arce dedicados a los campos de Castilla y al llano en que cielo y tierra se abrazan hasta el confín (2004c, 88). La tierra toca el cielo, como en el poema a Castilla, y se cubre de colores calientes al recostarse el sol sobre ella (91); el inmenso páramo castellano se extiende muerto a la luz muerta del crepúsculo y, como “complemento del suelo”, surge un “carácter” dominado por una gravedad entre estoica y teatral (92). No es extraño que Unamuno vea “paisaje, celaje y paisanaje, todo en uno, castellanos” y añada que aquí la historia se remansa y eterniza (2005, 75). La espiritualización religiosa o mística del paisaje, el aislamiento de un carácter nacional o de una

esencia castellana, la lectura de la historia a partir de la geografía, conducen a una destem-poralización eternizadora, a la “tradición eterna” del pueblo en su intrahistoria. La historia a veces se remansa, repite Unamuno en otro artículo de *Paisajes del alma*, la actualidad se hace eternidad y en el paisaje espiritual de Castilla entra el paisanaje (163). Para quien está preparado para recibir la más honda revelación de la historia eterna, leemos en otra parte, lo mejor de España es Castilla (2004d, 292). Él mismo reconoce que en *En torno al casticismo* ha disertado largamente sobre el paisaje de Castilla y su valor espiritual (294). Es un paisaje huraño, pero que aquieta el alma después de exaltarla; son campos “para vivir en ellos con el fondo del alma, con el alma desnuda, como están desnudos los campos y desnudo está el cielo que los cubre” (294). Seguimos, como podrá comprobarse, dentro del conjunto de imágenes desplegado por el poema a Castilla. Son tierras con alma, para vivir con el fondo del alma. “Me habéis llegado al alma, / ¿o acaso estabais en el fondo de ella?”, escribe Machado sobre los campos de Soria.

De Medinaceli dice Unamuno, citando al autor de *Campos de Castilla*, que son tierras tan tristes que tienen alma (2005, 143); y esto después de señalar cómo ha ido “a restregar-me el alma en la desnudez ascética de la vieja Castilla reconquistadora, la del Cid” (142). Más que remansarse, la historia se diluye en esta visión esencial de la Castilla del Cid, de don Quijote, de los místicos. La actitud eternizadora de nuestro pensador tiene como reverso una postura antimoderna: la Castilla campesina con su “noble antaño” guerrero y místico, que es como decir España, representa el alma, los valores del espíritu, el fondo religioso/católico de nuestro carácter, la tradición ininterrumpida y subyacente de la vida colectiva, el pueblo como “protoplasma universal humano” (1971, 243). Toda esta axiología choca con la modernización material de Europa y sus desastrosas consecuencias para quien, como don Miguel, antepone la fe a la razón, el heroísmo quijotesco al progreso científico y económico (Fox 1997, 52). En el fondo, se trata de la reacción de una ideología pequeñoburguesa, superestructuralmente feudalizante, premoderna, ante la modernidad burguesa y las relaciones de producción capitalistas. El Unamuno europeizador ha dejado paso al Unamuno ibérico, atenazado por el sentimiento trágico de la vida en los hombres, pero también en los pueblos (el castellano y el portugués en concreto). Por eso resalta en el citado artículo de 1889, aquel donde despliega su primera visión de Castilla (Alvar 1997, 29; Díez de Revenga 1998, 92), la nota de la tristeza: “¡Ancha es Castilla! ¡Y qué hermosa la tristeza enorme de sus soledades, la tristeza llena de sol, de aire, de cielo!” (2004c, 91); o bien “¡Ancha es Castilla! Y ¡qué hermosa la tristeza reposada de ese mar petrificado y lleno de cielo!” (1971, 139). Sol, cielo, aire, anchos pára-mos: son los elementos que se van a erigir como centrales en el poema de *Poesías*, donde sin embargo está ausente la tristeza.

Quienes hablan de la tristeza y fealdad de la campiña castellana, advierte Unamuno, confunden lo triste con lo feo, pero él prefiere este paisaje amplio, severo y grave, con una única nota, solemne como la de un órgano (2004d, 371). Precisamente, al teorizar sobre la “musicalidad del paisaje” (Ynduráin 1990, 334–335), alude a cómo el Cristo palentino de Santa Clara, a quien dedica un poema incluido en *Andanzas y visiones españolas* (1922), resume el paisaje trágico castellano (2004b, 387). Y viendo desde la cumbre de una de las sierras de Castilla desplegarse a sus pies, como alfombra en el cielo, un vasto retazo del cuerpo de España, nuestro filósofo concluye: “No es posible que por un escenario así no pasen los más excelsos personajes de la tragedia de la historia” (2004b, 496; Alvar 1966, 12). El paisaje de Castilla, un paisaje de alma, se tiñe de sentimiento trágico. Si la geografía explica la historia, tampoco esta escapa a la tragedia. El escenario exige los personajes.

Modernidad ibérica en los poemas de Unamuno a Castilla y Portugal

La primera lección honda de patriotismo, afirma don Miguel a renglón seguido, se recibe cuando se logra cobrar conciencia clara del paisaje de la patria, después de haberlo hecho estado de conciencia, de reflexionar sobre este y elevarlo a idea (496). Más que estado de conciencia, ya lo sabemos, Unamuno hace alma del paisaje castellano y lo eleva a idea, a filosofía nacional en consonancia con su sentimiento trágico de la vida.

Portugal: la puesta de sol

Por lo que se refiere a Portugal, nuestro pensador también se interroga por el alma de esa tierra y la define igualmente como triste y elegíaca, si no trágica, lo cual no deja de ser revelador del iberismo unamuniano. En el artículo que abre *Por tierras de Portugal y de España* (1911), fechado en 1907, el año en que se publica *Poesías* con el poema a Castilla, don Miguel afirma que la obra más profundamente portuguesa de Eugénio de Castro es *Constança*, ya que en ella “su alma ha conseguido vibrar más al unísono con el alma de su pueblo” (2004d, 171). Incluso esta figura histórica de Constanza se le antoja un símbolo de Portugal, “de ese hermosísimo y desgraciado Portugal que desde el día lúgubre de Alcazarquivir parece vivir vagamente sumergido en ensueños de pasadas grandezas” (172). Resulta inevitable pensar a la vez en el declive de las grandezas españolas, que han tocado fondo en 1898 con el llamado “Desastre”. Lo que escribe a continuación Unamuno coincide plenamente con el famoso soneto que dedica a Portugal y que incluye en el *Rosario de sonetos líricos*, también de 1911, aunque la primera versión del poema parece datar de 1906 (García Morejón 1964–1965, 50 y 1971, 123): Portugal se le representa como una hermosa y dulce muchacha campesina que, de espaldas a Europa, sentada a orillas del mar, cuyas olas gembundas le bañan de espuma los pies descalzos, mira con los codos en las rodillas y la cara entre las manos cómo el sol se pone en las aguas infinitas. Y apostilla Unamuno: “Porque para Portugal el sol no nace nunca: muere siempre en el mar que fue teatro de sus hazañas y cuna y sepulcro de sus glorias” (2004d, 172).

Recordemos que en el poema a Castilla el sol, que hace su santuario de esta tierra, tiene cuna y sepulcro en la llanura. En el soneto a Portugal el sol no nace, solo se pone en ese mar que ha sido cuna y sepulcro, él sí, de las hazañas portuguesas, las de los navegantes y descubridores. Es un sol únicamente poniente, no solo por la situación geográfica de Portugal, en el extremo occidental de Europa (de espaldas a ella y mirando al Atlántico), sino también por la decadencia de ese pasado de esplendor. Todavía en 1935, junto al “camoniano (de Camoens) Cabo de la Roca”, extremo occidental de Europa, a nuestro rector se le viene a las mientes, contemplando una puesta de sol, la caída o decadencia de Occidente de la que habla Spengler (2005, 213). Pero el Unamuno de los poemas a Castilla y Portugal está ante todo preocupado por la decadencia de sus respectivas grandezas históricas, por apresar sus almas nacionales y elevar tanto sus paisajes como sus paisanajes hasta la precisa altura de una particular filosofía trágica que convierte en muy difícil, si no en imposible, la modernidad ibérica.

El soneto transforma la muchacha dulce y campesina en matrona desgredada y descalza, una visionaria trágica no del futuro, sino del pasado (Ferdinandy 1951, 131) que se sienta al pie de una sierra coronada por triste pinar y a orillas del Atlántico. Los codos también aparecen apoyados en las rodillas y las manos sostienen las mejillas, en una imagen que recuerda las representaciones de la Melancolía (Prellwitz 1999, 517; Eminescu 1997, 63, 75). Clava sus ojos ansiosos de leona en la puesta de sol, un elemento decisivo, como hemos indicado. En *Amor a Portugal* (1949), Giménez Caballero describe líricamente una

puesta de sol, en el aludido Cabo da Rocha, para revelar el secreto de Europa que conserva Portugal: el de su Poniente, el de Occidente (García Morejón 1971, 37). Por su parte, Eugenio d'Ors también nos lleva a pensar en el soneto unamuniano cuando en *Glosas a Portugal* (1939) define el país como un balcón sobre el infinito, de suerte que el alma lusa guarda una vocación de Finisterre (65). Y lo mismo puede decirse de Salvador de Madariaga al sentenciar en su libro *España* (1930) que el portugués es un español con la espalda vuelta a Castilla y los ojos en el Atlántico (47). Incluso, como estudia con pormenor Eminescu (1997, 76–82), Pessoa abre *Mensagem* (1934) con un poema que recuerda el soneto unamuniano, que bien pudo leer en la revista *A Águia*, donde se publicó (Sáez Delgado, 2013, 29 y 2015, 51). En “O dos castelos” Europa mira fijamente “com olhar esfíngico e fatal” (con mirada esfíngica y fatal) de Oriente a Occidente y también tiene el rostro, que no es sino Portugal, apoyado en los codos. El mismo Unamuno define a los portugueses como “los extremos occidentales de nuestro extremo Occidente, los que no han visto sino ponerse el sol sobre su mar nativo” (1968a, 1081).

Mientras la protagonista del poema contempla el ocaso llena de saudade, el mar entona, como si fuera una sirena, un “trágico cantar de maravillas” que habla de luengas tierras y de azares. La matrona, bañando sus pies en las espumas, sueña con el fatal imperio que se le hundió en los tenebrosos mares “y mira cómo entre agoreras brumas / se alza don Sebastián, rey del misterio” (1987, 67). En una primera versión del poema que nuestro autor hace llegar a Maragall en 1907, es el propio Portugal quien clava sus ojos en el sol que se acuesta sobre el mar y medita en el “lento naufragio” de sus glorias de Oriente (García Morejón 1964–1965, 53 y 1971, 125). Solo un día después, envía otra versión a Azorín que también acaba con esta imagen de la meditación de la tierra portuguesa sobre el naufragio de sus glorias orientales, pero ahora “cantando fados quejumbrosa y lenta” (García Morejón 1964–1965, 56 y 1971, 128); un fado que, a decir de Unamuno, ha nacido del golpe de remo sobre las olas del “saudoso mar” (García Morejón 1971, 117). El portugués, afirma en un artículo de 1914 sobre Coímbra, es un “pequeño pueblo que suspira y canta a la vera del mar tenebroso” (2004b, 489). Por lo demás, aquí pone en relación el alma elegíaca de la poesía portuguesa con el hechizo triste de su paisaje mimoso (489). Paisaje y literatura se dan la mano, como cuando habla de Castilla. Son también dos puertas de acceso al alma portuguesa.

“¿Qué tendrá esta tierra, por de fuera riente y blanda, por dentro atormentada y trágica?”, se pregunta Unamuno en el artículo sobre Guarda (2004d, 248). Y en el dedicado a Eugénio de Castro afirma que la literatura portuguesa tiene dos notas dominantes, la amorosa y la elegíaca: “Portugal parece la patria de los amores tristes y la de los grandes naufragios” (173). De lo primero da cuenta una obra “honda y ahincadamente representativa” como *Amor de perdição*, de Camilo Castelo Branco. En otro momento la define como la novela de pasión amorosa más intensa que se haya escrito en la Península y “uno de los pocos libros representativos de nuestra común alma ibérica” (182), “uno de los libros fundamentales de la literatura ibérica (castellana, portuguesa y catalana)” (185). Para nuestro filósofo, como podrá comprobarse, ya no hay un alma castellana o española y un alma portuguesa, sino un alma ibérica, trágica por supuesto. Castelo Branco nos ha dado en sus novelas “toda el alma trágica, fatídica, patética, de Portugal”; Camilo hace llorar, como la historia toda de Portugal (263). Leerlo es viajar por Portugal, pero el Portugal de las almas, puntualiza (Englekirk 1959, 35 y 1960, 142; Marcos de Dios 1978–1979, 151–152, 1998a, 50, 2007, 26 y 1992, 679). El culto al dolor –se lee aún en el artículo sobre Castro– constituye un sentimiento característico de “este melancólico y saudoso Portugal”,

aunque tampoco deja de ser español (2004d, 173). Así lo muestra el maravilloso *Patria*, de Guerra Junqueiro (173), un poema de dolor, como lo es *Constança* de Castro (190). “¿Hay libro más pesimista que *Patria* de Guerra Junqueiro?”, se pregunta asimismo (San Juan 2005, 247).

Por otra parte, Unamuno resalta la hondura de desesperación que dejan ver los sonetos de Antero de Quental, quien a su juicio puede situarse junto a Thomson, Senancour, Leopardi, Kierkegaard y los más grandes desesperados. No parece, como apunta Novais Teixeira (1930, 11), sino que el vasco habla de sí mismo: “Quental ha sido una de las almas más atormentadas por la sed de infinito, por el hambre de eternidad” (2004d, 180). De hecho reconoce la influencia de Antero, de los que llama sus “terribles y lapidarios sonetos en elogio de la muerte” (Marcos de Dios 2000a, 313–314), en su *Rosario de sonetos líricos*, que considera más bien trágicos (García Morejón 1961, 59; Marcos de Dios 1998a, 52, 2000a, 314 y 2020a, 172). La poesía desesperada y dura de Quental es acaso la “flor amarga” del alma portuguesa: “La poesía del dolor está en Leopardi templada por el arte, pero el portugués no es artista” (2004d, 203). El culto al dolor se desdobra en culto a la muerte; un culto que, a decir de nuestro autor, en Portugal es elegíaco y tristón, en lugar de trágico, como en España (Englekirk 1960, 143). El tono de tristeza, de “desesperación resignada” o “resignación desesperada”, es característico de la literatura portuguesa, pero no tiene solo ese componente de congoja religiosa que aprecia Unamuno en Antero, porque también lo descubre en el soneto de Antonio Nobre que, desde “la más amarga desesperanza patriótica”, acaba diciendo: “Amigos, ¡qué desgracia haber nacido en Portugal!” (2004d, 181). En una conferencia de 1914 relaciona este verso con la frase de Cánovas según la cual solo es español quien no puede ser otra cosa (San Juan 2005, 247). De todos modos, Antero no es solo “la más trágica figura de nuestra literatura ibérica” (Unamuno 1968b, 1329), el mejor representante del sentimiento trágico de la vida en Portugal (García Morejón 1971, 149), una tierra trágica a la griega, como la llama Laranjeira (Unamuno 1968c, 1322; Martocq 1982, 213); a la vez nuestro autor ve en él “un terrible profeta, vocero de todo un pueblo” (Marcos de Dios 2020a, 175); y ello por cuanto denuncia el abismo entre el Portugal anémico e inexpresivo de hoy y el heroico del siglo XVI (García Morejón 1971, 181), el camino de perdición del “genio peninsular” que ha llevado a portugueses y españoles a no ser más que dos sombras o naciones espectros (201). Propone así la política del iberismo (339). No por casualidad, en un primer momento Unamuno pregunta a Pascoaes si el maravilloso Quental habló alguna vez de la patria (Marcos de Dios 1986, 233 y 1998a, 53; Pereira 2007, 678).

Precisamente el autor de *Patria*, Guerra Junqueiro, le parece un ingenio ibérico más bien que portugués: “A mí me resulta muchas veces hondamente español, siendo hondamente portugués” (2004d, 182). En sus poemas *Os simples* y *Patria* se encierra “el alma de Portugal, del Portugal campesino, resignado y sencillo en el primero, y del Portugal heroico y noble en el segundo, que es una obra dantesca” (182). En *Patria* se entona, afirma en otro lugar don Miguel, “el salmo de la contrición colectiva histórica”, la confesión de las culpas de todo un pueblo que echa de menos la apacible vida campesina anterior a sus aventureras empresas, redime sus pecados y se purifica por el dolor (García Morejón 1971, 379–381; Ferdinandy 1951, 124). Volvemos así al soneto a Portugal, a la muchacha campesina que sueña con el fatal imperio, pone sus ojos en la puesta del sol sobre el mar, cuna y sepulcro de las glorias de Portugal, y mira cómo se alza don Sebastián entre brumas agoreras. El Portugal campesino y sencillo, afirma nuestro autor en el artículo sobre Teixeira de Pascoaes, fue “padre del Portugal navegante y heroico” (2004d,

185). Si Ulises, el fundador de Lisboa (Ferdinandy 1951, 129), convierte la esteva del arado en remo y parte a la guerra, una vez rendida Troya vuelve a sus lares, haciendo de nuevo del remo esteva y contando a sus hijos y nietos por las noches, junto al hogar, sus errabundas navegaciones: “Así Portugal” (2004d, 183). Cabe concluir que tan solo la vida intrahistórica de *Os simples* (Puerto 2007, 591; García Ruiz 2019, 513), de los campesinos que se olvidan del remo y agarran la esteva del arado (García Morejón 1971, 41), repara los extravíos del navegante. Como no navegan, esos pobres campesinos no hacen sino soñar la imposibilidad del heroísmo, escribe Unamuno a Maragall, a quien adelanta, lo mismo que a Pascoaes, esta lectura del mito de Ulises, convertido en mito de saudade, como don Sebastián (112–115).

De acuerdo con esta lógica, Unamuno dice del poema “oficialmente nacional de Portugal”, *Os Lusíadas*, que apenas si transparenta el primitivo espíritu campesino portugués: “El poema de Camoens brotó del deslumbramiento causado por los viajes a Oriente, de aquellas tan gloriosas cuanto malhadadas odiseas” (2004d, 209). Ya sabemos que Portugal es la patria de los grandes naufragios. La historia de Portugal, afirma nuestro autor en 1908 comentando el reciente regicidio de don Carlos, última escena trágica de esa historia, es desde hace siglos un continuado naufragio (201). Recordemos que el paisaje de Castilla es escenario propicio para la tragedia de la historia. La filosofía trágica de Unamuno, inseparable de su congoja religiosa por la inmortalidad del alma, por su hambre de eternidad y sed de infinito, acaba sacando las conclusiones pertinentes de la historia, que solo puede ser naufragio, para limitarse a la vida intrahistórica –propiamente la negación de la historia– de la España y del Portugal campesinos; “aislados los dos, en cierto modo, del resto de Europa” (178), de la modernidad europea, se hallan condenados a entenderse no en lo político sino en lo espiritual a partir de esa común alma ibérica. Quien viaja por tierras de Portugal (Remesal 2013) y trata de apresar su alma en un amplio conjunto de textos (Marcos de Dios 1985 y 2020b) no es el joven intelectual de fe socialista, progresista e historicista sino el filósofo trágico que ha surgido de una honda crisis religiosa (Andrés Ruiz 2016, 48).

Iberismo espiritual y modernidad

El “genio peninsular” abarca lo español y lo portugués, señala Unamuno al comentar la *Historia de la civilización ibérica* de Oliveira Martins, que se aparta de los lugares comunes con respecto a lo que fue el “alma española” en los tiempos del descubrimiento y la conquista de América (2004d, 182–183). Estamos, a su entender, ante lo mejor que de psicología ibérica se ha hecho (Marcos de Dios 1998a, 45 y 1999, 156). La *Historia* es, junto con *São Paulo* de Pascoaes, el libro más anotado de la biblioteca de Unamuno (Marcos de Dios 2001, 168). Del mismo modo, confiesa haber aprendido mucho en *Portugal contemporáneo*, “su obra triste, como él mismo la llama” (2004d, 203). Oliveira Martins “era un pesimista, es decir, era un portugués. El portugués es constitucionalmente pesimista” (203). Por debajo del arte europeo, de la ironía parisina de Eça de Queirós, aprecia su sarcasmo ibérico, el trágico pesimismo portugués, el mismo de Antero y Oliveira Martins (García Morejón 1971, 301; Marcos de Dios 1998a, 49, 2000b 512–513 y 2007, 25), el “pesimismo suicida” del que habla en otro momento (Marcos de Dios 1992, 674). Semejante al caso de Queirós es el del simbolista Eugénio de Castro, tan vernacular, tan de su tierra que a Unamuno le parece mentira que se le haya tenido por extranjerizante (García Morejón 1971, 417). Siempre en esta línea, nuestro autor se hace eco de lo que Oliveira Martins dijo

Modernidad ibérica en los poemas de Unamuno a Castilla y Portugal

de un compatriota, Almeida Garrett, quien sintió el palpitante de las entrañas portuguesas y oyó un coro de aflicciones tristes, una resignación heroicamente pasiva, una esperanza vaga en la imaginación de una moza tísica y en el desvarío de un escudero sebastianista (2004d, 203), imágenes estas últimas que nos devuelven al soneto unamuniano.

La lengua portuguesa, que conforme al dicho atribuido a Cervantes es el castellano sin huesos (2004d, 185 y 1968d, 1358), lo cual concuerda con las atribuciones óseas al paisaje y al alma de Castilla, engendra para nuestro filósofo una poesía campesina, profundamente lírica, erótica o elegíaca (2004d, 186). Es una afirmación que encontramos en el artículo unamuniano sobre Teixeira de Pascoaes y su filosofía poética “sombrosa”. Lo campesino se une otra vez al alma portuguesa, elegíaca, atravesada por la tristeza erótica y el pesimismo. Los elegíacos pesimistas que son los portugueses no creen en la patria, añade más adelante Unamuno, que vuelve a citar el verso de Nobre y explica que esta enorme tristeza, este arraigado pesimismo procede de la falta de un elevado ideal colectivo, de una apatía que produce a veces arranques de furia (205). El carácter portugués se aproxima así al castellano descrito en *En torno al casticismo*.

Por este camino, Unamuno acaba asegurando que Portugal es un pueblo suicida. Se suicidaron Antero de Quental, Soares dos Reis, Castelo Branco, incluso el rey don Carlos fue un suicida (2004d, 252–253). Nuestro autor cita por extenso una carta de Manuel Laranjeira, que también acabó suicidándose. En opinión de este otro pesimista, fue “toda una raza” la que se suicidó; en Portugal se llegó al principio de filosofía desesperada de acuerdo con el cual el suicidio es un noble recurso y una especie de redención moral (254). En consecuencia, no se trata solo de un pesimismo trágico de carácter metafísico, sino también sociohistórico. Por eso Laranjeira apunta que la Europa civilizada, mediocre, burguesa, práctica y egoísta desprecia e ignora a Portugal, donde sin embargo hay suficiente nobleza moral para morir (254). Una tristeza negra “nos sube del alma a los ojos”, de modo que “en Portugal todos tenemos los ojos vestidos de luto por nosotros mismos” (255). Laranjeira se reconoce “hijo de un pueblo que atraviesa una hora indecisa, crepuscular, de su destino” (255) hasta el punto de sentenciar: “esto no es un pueblo, sino el cadáver de un pueblo” (256). No debió de ser difícil que Unamuno, defensor de un iberismo espiritual (Marcos de Dios 1980, 162, 1999, 153 y 2007, 32), se dejase influir por Laranjeira (Martocq 1982, 212, 215) y su visión de Portugal: marasmo actual, decadencia histórica, naufragio continuado, sentimiento trágico de la vida, desprecio de y por la Europa civilizada y moderna, nobleza moral. No en balde reconoce que fue Laranjeira quien le enseñó a ver el “alma trágica” de Portugal (Englekirk 1959, 36; García Morejón 1971, 456; Marcos de Dios 1998a, 50).

“Las ánimas del purgatorio en Portugal” es otro artículo de *Por tierras de Portugal y de España* decisivo para entender el soneto unamuniano. Para empezar, porque Unamuno se refiere a la escultura *El desterrado*, del mencionado Soares dos Reis, quizás inspirada a su juicio por unos versos de Alexandre Herculano, a quien, por otra parte, llama “el gran pesimista” (San Juan 2005, 47). Sentada sobre una roca, esa figura “hermosamente trágica” parece llorar sobre el mar (2004d, 214). No ha dejado de señalarse su semejanza con la matrona del soneto, como ocurre con el loco que en *Patria* de Junqueiro, donde aparece crucificado el Portugal “rey de Oriente” (Unamuno 1968e, 1348 y 1968f, 1351), pone los ojos con mirar sonámbulo en el mar (García Morejón 1964–1965, 59–61 y 1971, 131–133); pero además nuestro autor, que se dibuja viendo “el incendio del ocaso por entre los erguidos troncos de los pinos”, contemplando “ponerse el sol en el océano”, considera este último el vasto cementerio de esta “desgraciada patria” de los grandes navegantes

y del rey don Sebastián. Al besar las playas de Portugal, de este “Jardim da Europa, à beira-mar plantado” (jardín de Europa, a orillas del mar plantado), como lo define Unamuno con un verso de Tomás Ribeiro, el mar murmura fados. En este inmenso cementerio que es el océano descansa “la gloria de Portugal, cuya historia es un trágico naufragio de siglos” (2004d, 215). Recordemos que, en el artículo sobre Castro, el mar es cuna y sepulcro de esa gloria. El murmullo del océano, “estas quejumbres que vienen de su seno cuando el sol se acuesta” (de nuevo la puesta de sol, fundamental en el soneto) no son sino las voces de las pobres almas portuguesas que vagan errantes en sus olas. Aquí el mar es el purgatorio, un purgatorio de “aguas traidoras”. El mar, que fue la gloria de Portugal, el mar que le ha dado eternidad en la historia humana, lo ha sumido en una “apagada y vil tristeza”, como dice Unamuno con una imagen que toma de Camoens. Solo que pasando del mundo de los muertos al de los vivos, queriendo subrayar el marasmo del momento en Portugal, se pregunta si no es hoy un purgatorio poblado de ánimas (216). No va muy descaminado entonces Giménez Caballero al puntualizar que el sentimiento trágico de la vida unamuniano no viene de Kierkegaard, porque se inspira mucho más en las ánimas del purgatorio portugués (García Morejón 1971, 38).

A vueltas aún con este “Portugal campesino y marinero que con los leños de sus bosques aró los más remotos océanos” (2004d, 217), nuestro filósofo se refiere de nuevo a la historia tragicomarítima de este “Jardim da Europa, à beira-mar plantado” (218). Todavía se sirve una tercera vez del verso de Ribeiro para contraponerlo a “aquella austera, noble, huesuda y solemne Castilla, que es todo menos un jardín” (237). Pero Castilla y Portugal están unidos por la filosofía trágica y antimoderna de Unamuno. El artículo “La tragedia de Inés de Castro” (1914) comienza mencionando la *História trágico-marítima*, una colección de relatos de naufragios que constituye “una de las más características expresiones del alma portuguesa, trágica como el mar” (1968g, 1332). La historia de Portugal, vuelve a afirmar aquí, es un largo naufragio. Cuando en 1935 regresa al país vecino, adonde no había vuelto desde 1914, y lo hace invitado por el Secretariado de Propaganda Nacional de la dictadura “académico-castrense” de Salazar, Queiroz Velloso le regala su libro *D. Sebastião*, una historia documentada y exenta de leyendas, precisa Unamuno, quien objeta que lo que importa a Portugal es el mito de don Sebastián, del Encubierto, desde que murió en Alcazarquivir (2005, 218). Esto es, la leyenda del mar por el que fueron los buscadores de oro, de especias, de ensueños orientales, pero en el que hoy buscan matar el hambre los pescadores humildes de la playa de Nazaret. Estos pescadores son “el pueblo por debajo de leyendas” (220). Nada saben del pomposo Estado Nuevo y no han dejado trazas sobre sus vidas las leyendas patrias, como la “leyenda quijotesca y mesiánica” del rey loco don Sebastián, en rigor un suicida que suicidó a su reino (1968h, 1359).

Todo indica que Unamuno sigue fiel al concepto de intrahistoria que había determinado lustros antes su visión de Castilla y Portugal; y por eso vuelve los ojos hacia el pobre pueblo que “arrastra su vida bajo el sudario de la Historia, abrumado por sus cuitas elementales, animales” (2005, 220), hacia el pueblo que sufre y trabaja. Las cuitas elementales de la vida intrahistórica del pueblo (nacer, alimentarse, trabajar, reproducirse, morir) están por debajo de las leyendas y del sudario de la historia. Solo hay una historia eterna. El hallazgo de un alma castellana o portuguesa, de una común alma ibérica a partir de presupuestos puramente esencialistas, más psicológicos que sociológicos –aunque a Laranjeira le indica que pone en juego estos dos planos cuando proyecta un libro que piensa titular *Desde Portugal, Cosas de Portugal* o *Alma y cosas de Portugal* y que acaba siendo *Por tierras de Portugal y de España* (García Morejón 1971, 102) –, vacuna a Unamuno contra la modernidad

européa predicada en *En torno al casticismo*. Sobre todo cuando descubre que esa alma ibérica es trágica, como su propia filosofía después de 1897.

Al reseñar en 1912 el *Rosario de sonetos líricos* en la revista *A Águia*, Teixeira de Pascoaes ya detecta que en *Por tierras de Portugal y de España* aparecen sorprendidas en sus aspectos más ocultos y trascendentales “a nossa paisagem e a nossa alma” (nuestro paisaje y nuestra alma) (García Morejón 1971, 22, 126). Paisaje y alma constituyen una relación inextricable en Unamuno, ya lo sabemos. En 1911, Pascoaes había comentado en la misma revista ese libro sobre Portugal señalando que su autor ve claro “na sombra interior da nossa alma” (en la sombra interior de nuestra alma), pero que su temperamento no tiene nada en común con el portugués porque es “organicamente espanhol” (orgánicamente español) (32, 429). No ha podido ver en última instancia, por lo tanto, el fondo virgen del “alma lusitana” y de su tristeza (30, 32, 429). Del mismo libro Novais Teixeira dirá, en el número de homenaje que *La Gaceta Literaria* tributa a Unamuno, que “escalpela” (analiza) emotivamente todos los componentes de la “personalidad” portuguesa; más aún, en el alma ibérica del vasco se conjugan la elegía portuguesa y la tragedia castellana (Teixeira 1930, 11). Desde Portugal se comparten, así pues, los análisis esencialistas unamunianos: alma, personalidad, paisaje como configurador de la personalidad colectiva (Marcos de Dios 1998a, 44), tristeza, elegía, tragedia. De hecho, para Pascoaes ninguna obra traduce el “genio español” con más vigor y sublimidad que *Del sentimiento trágico de la vida* (García Morejón 1971, 431); y en su *Psicología de Portugal* (1934), Osório de Oliveira defiende que el poeta vasco debe su caracterización del alma lusitana a Oliveira Martins (34). A este integrante de la generación del 70 o de los “vencidos da vida” (vencidos de la vida) (Marcos de Dios 1978–1979, 145), que se hallaría en paralelismo y asincronía, según la célebre fórmula de Fidelino de Figueiredo, con la nuestra del 98 (Alonso 1971, 12; García Morejón 1971, 176, 207), Unamuno no solo lo llama pesimista, sino también trágico (1968b, 1329).

El propio Figueiredo plantea en *As duas Espanhas* (1932) que si Unamuno traza un cuadro negro de España en las vísperas del 98, lo mismo hace con Portugal después del regicidio (García Morejón 1971, 35). A Teixeira de Pascoaes le escribe una carta en 1905 expresando su interés por el pesimismo patriótico portugués, por todo lo que hay debajo del terrible verso de Nobre arriba citado, así como por el sebastianismo; le interesa mucho Portugal porque le interesa España y porque “nosotros vamos a donde Portugal está ya” (García Morejón 1971, 99, 363; Marcos de Dios 1986, 233 y 1998a, 53). Esto es, en su declive histórico, en su naufragio. Por eso a Portugal y España les hace falta apurar “la última ignominia”. Desde las páginas de *A Águia*, el órgano de la Renascença Portuguesa, Pascoaes lanza en 1912 una proclama en la que une el alma portuguesa a la saudade, a la cual define como “sangre espiritual de la raza”, su “estigma divino”, su “perfil eterno” (García Morejón 1971, 30–31, 433–434; Marcos de Dios 1986, 236 y 1978–1979, 153). Teixeira de Pascoaes, a quien Unamuno confiesa que cada día se siente menos europeo y más ibérico (Marcos de Dios 2007, 22), trató de envolverlo sin mucho éxito en su saudosismo, que desbordando lo portugués colocaba a don Quijote en el mismo plano definidor que la saudade, los dos ángeles tutelares del alma peninsular (Cameirão 2007, 629).

La creencia en una alma ibérica, en un iberismo espiritual, sí que llevó a don Miguel a escuchar la propuesta de Maragall de crear una revista titulada *Iberia*, redactada indistintamente en castellano, portugués y catalán (García Morejón 1971, 358; Marcos de Dios 1980, 168–169 y 1998b, 224–25). Pessoa, que también pensó en la posibilidad de una revista en español y portugués (2013, 123), fue igualmente partidario de una

Modernidades ibéricas

“unidad espiritual ibérica” (100), de un imperialismo ibérico basado en la cultura e indisociable del sebastianismo (Sáez Delgado 2015, 49): “Todo portugués que no es sebastianista es un traidor” (Pessoa 2013, 76). Sin embargo, vio en Castilla, por su espíritu expansivo y de dominio, el gran enemigo de Iberia (2013, 87, 96), de ese organismo superior (Lima García 2007, 576), y no pudo aceptar que el Unamuno iberista, contrario a la fragmentación de la Península, defendiese paradójicamente que en beneficio de la propia cultura era mejor escribir en una sola lengua, el castellano, como le parecía lógico (2013, 128–129). Tanto Unamuno como Pessoa se mueven en un plano exclusivamente espiritualista. En 1910, exaltando la religión ibérica de Herculano, el primero sentencia que el destino del pueblo ibérico, más allá de las miserables conquistas del negocio, es guardar las virtudes heroicas y acaso inútiles (Marcos de Dios 1986, 238). Por su parte, el Pessoa de los textos ibéricos entiende el imperialismo como “la existencia de una orientación civilizacional en un pueblo; y no, como creen los comerciantes ingleses, una manera de tener derecho a lo que es de otros” (2013, 82). Los dos no eran al fin y al cabo sino poetas, con lo que su espiritualismo solo pudo entrar en contradicción con el mundo de los negocios y los mercaderes. La suya no fue sino una difícil modernidad ibérica.

Bibliografía citada

- Alonso, D. 1971. “Prólogo”. En *Unamuno y Portugal*, de J. García Morejón, 9–14. Madrid: Gredos.
- Alvar, M. 1966. *Unamuno y el paisaje de España*. Madrid: Alcalá.
- Alvar, M. 1997. “Introducción”. En *Poesías*, de M. de Unamuno, 13–59. Madrid: Cátedra.
- Andrés Ruiz, E. 2016. “Viaje de Unamuno, con Portugal al fondo”. *Turia* 116: 45–55.
- Bustos Tovar, E. de. 1973. “Miguel de Unamuno, ‘poeta de dentro a fuera’. Análisis sémico del poema ‘Castilla’”. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno* 23: 71–137.
- Cameirão, L. 2007. “Teixeira de Pascoaes e Espanha”. En *Aula ibérica. Actas de los Congresos de Évora y Salamanca*, ed. Á. Marcos de Dios, 625–636. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Cardis, M. 1953. “El paisaje en la vida y en la obra de Miguel de Unamuno”. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno* 4: 71–83.
- Díez de Revenga, F. J. 1998. “La España del 98 y la poesía de Castilla (Azorín, Unamuno, Antonio Machado)”. *Anuario Brasileño de Estudios Hispánicos* 8, 1998: 79–94.
- Eminescu, R. 1997. “En terres de Portugal et d’Espagne. Pessoa et Unamuno”. *Quadrant* 14: 63–90.
- Englekirk, J. E. 1959. “En torno a Unamuno y Portugal”. *Hispania* 42 (1): 32–39.
- Englekirk, J. E. 1960. “Unamuno y el ‘culto al dolor’ portugués”. *Comparative Literature* 12 (2): 142–150.
- Ferdinandy, M. de. 1951. “Unamuno y Portugal”. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno* 2: 111–131.
- Fernández Turienzo, F. 1971. “Estudio”. En *En torno al casticismo*, de M. de Unamuno, 7–69. Madrid: Alcalá.
- Fox, E. I. 1997. “Unamuno y el nacionalismo: *En torno al casticismo* y la identidad nacional”. En *El joven Unamuno en su época*, eds. T. Berchem y H. Laitenberger, 45–53. Salamanca: Junta de Castilla y León.
- García Morejón, J. 1961. “Unamuno y el sentimiento trágico de Antero de Quental”. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno* 11: 27–65.
- García Morejón, J. 1964–1965. “Génesis y elaboración de un soneto unamuniano”. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno* 14–15: 49–61.
- García Morejón, J. 1971. *Unamuno y Portugal*. Madrid: Gredos.
- García Ruiz, V. 2019. “*Por tierras de Portugal y de España*: la lusofilia de Unamuno”. En *Vir bonus dicendi peritus. Homenaje al profesor Miguel Ángel Garrido Gallardo*, coords. L. Albuquerque García et al., 511–520. Madrid: CSIC.

Modernidad ibérica en los poemas de Unamuno a Castilla y Portugal

- García Zarza, E. 1997. "Paisajes y pueblos de Castilla y León en la obra de Miguel de Unamuno". En *El joven Unamuno en su época*, eds. T. Berchem y H. Laitenberger, 349–377. Salamanca: Junta de Castilla y León.
- Garrido Ardila, J. A. 2004. "Los caracteres nacionales según *En torno al casticismo* de Unamuno". *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno* 39: 81–105.
- Juaristi, J. 2001. "Prólogo". En *Madrid. Castilla*, de M. de Unamuno, 7–12. Madrid: Visor.
- Juaristi, J. 2012. *Miguel de Unamuno*. Madrid: Taurus.
- Lima García, J. L. 2007. "Ibérica, iberismos e iberografías". En *Aula ibérica. Actas de los Congresos de Évora y Salamanca*, ed. Á. Marcos de Dios, 571–581. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Marcos de Dios, Á. 1978–1979. "Unamuno y la literatura portuguesa". *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno* 25–26: 143–159.
- Marcos de Dios, Á. 1980. "El iberismo de Unamuno". En *Homenaje a Camoens. Estudios y ensayos hispanoportugueses*, coord. N. Extremera Tapia y M. Correia Fernández, 151–171. Granada: Universidad de Granada.
- Marcos de Dios, Á. 1985. *Escritos de Unamuno sobre Portugal*. París: Fundação Calouste Gulbenkian/Centro Cultural Português.
- Marcos de Dios, Á. 1986. "Unamuno y 'Renascença Portuguesa' ". En *Volumen-Homenaje a Miguel de Unamuno*, ed. D. Gómez Molleda, 231–244. Salamanca: Casa Museo Unamuno.
- Marcos de Dios, Á. 1992. "Unamuno y los suicidas portugueses". *Arquivos do Centro Cultural Português* 31: 671–680.
- Marcos de Dios, Á. 1998a. "Unamuno y Portugal". En *Los 98 ibéricos y el mar, II. La cultura en la Península Ibérica*, coord. A. Morales Moya, 41–54. Madrid: Sociedad Estatal Lisboa' 98.
- Marcos de Dios, Á. 1998b. "Textos (y algunas notas) del iberismo unamuniano". *Salamanca. Revista de Estudios* 41: 213–226.
- Marcos de Dios, Á. 1999. "Unamuno e Oliveira Martins". *Revista da Universidade de Coimbra* 38: 149–157.
- Marcos de Dios, Á. 2000a. "Muerte e inmortalidad en Antero de Quental, según Unamuno". En *Tu mano es mi destino. Congreso Internacional Miguel de Unamuno*, coord. C. Flórez Miguel, 311–318. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Marcos de Dios, Á. 2000b. "El pesimismo portugués de Eça de Queiroz, según Unamuno". En *Professor Basilio Losada: ensinar a pensar com liberdade e risco*, ed. I de Riquer et al., 510–514. Barcelona: Universidad de Barcelona.
- Marcos de Dios, Á. 2001. "Libros portugueses en la biblioteca de Unamuno". *Estudios Portugueses* 1: 167–177.
- Marcos de Dios, Á. 2007. "Unamuno, paradigma de las relaciones de España para con Portugal". En *Aula ibérica. Actas de los Congresos de Évora y Salamanca*, ed. Á. Marcos de Dios, 19–32. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Marcos de Dios, Á. 2020a. "Unamuno: del sentimiento trágico de la vida en Portugal". En *Como el camino que empieza. Palabra e imagen para Perfecto Cuadrado*, ed. A. P. Vernet Vistarini et al., 163–177. Palma de Mallorca: José de Olañeta.
- Marcos de Dios, Á. 2020b. *Unamuno: textos fundamentales sobre Portugal*. Salamanca: Luso-Española de Ediciones.
- Martocq, B. 1982. "Manuel Laranjeira et Miguel de Unamuno. Considerations nouvelles". *Arquivos do Centro Cultural Português* 17: 209–228.
- Morales Moya, A. 2005. "La interpretación castellanista de la historia de España". En *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español*, eds. A. Morales Moya y M. Esteban de Vega, 21–55. Madrid: Marcial Pons.
- Morón Arroyo, C. 1997. "'Alma nacional': el trasfondo sociológico de *En torno al casticismo*". En *El joven Unamuno en su época*, eds. T. Berchem y H. Laitenberger, 11–29. Salamanca: Junta de Castilla y León.
- Pereira, M. de L. 2007. "Antero e o diálogo literário peninsular". En *Aula ibérica. Actas de los Congresos de Évora y Salamanca*, ed. Á. Marcos de Dios, 675–684. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Pessoa, F. 2013. *Iberia. Introducción a un imperialismo futuro*, ed. A. Sáez Delgado. Valencia: Pre-Textos.

Modernidades ibéricas

- Prellwitz, N. von. 1999. “‘Portugal’: un soneto de Miguel de Unamuno”. En *E vós, tágides minhas. Miscellanea in onore di Luciana Stegagno Picchio*, ed. M.^a J. de Lancastre et al., 515–522. Viareggio: Baroni.
- Puerto, J. L. 2007. “Os simples: franciscanismo e intrahistoria”. En *Aula ibérica. Actas de los Congresos de Évora y Salamanca*, ed. Á. Marcos de Dios, 583–593. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Remesal, A. 2013. *Por tierras de Portugal: un viaje con Unamuno*. Zamora: La Raya Quebrada.
- Sáez Delgado, A. 2013. “Pessoa ibérico”. En *Iberia. Introducción a un imperialismo futuro*, de F. Pessoa, 9–41. Valencia: Pre-Textos.
- Sáez Delgado, A. 2015. *Pessoa y España*, Valencia: Pre-Textos.
- San Juan, G. 2005. “Del Unamuno lusófilo. Portugal visto desde España: una conferencia desconocida pronunciada por don Miguel en Figueira da Foz en agosto de 1914”. *Letras de Deusto* 106: 225–247.
- Senabre, R. 2004. “Introducción. Paisajes de Unamuno”. En *Obras completas vi*, de M. de Unamuno, xi–xvii. Madrid: Fundación José Antonio de Castro.
- Teixeira, N. 1930. “Unamuno e Portugal”. *La Gaceta Literaria* 78: 11.
- Unamuno, M. de. 1968a [1927]. “Hispanidad”. En *Obras completas iv*, ed. M. García Blanco, 1081–1084. Madrid: Escelicer.
- Unamuno, M. de. 1968b [1912]. “Sobre una sentencia de Quental”. En *Obras completas iv*, ed. M. García Blanco, 1326–1331. Madrid: Escelicer.
- Unamuno, M. de. 1968c [1912]. “Manuel Laranjeira”. En *Obras completas iv*, ed. M. García Blanco, 1319–1325. Madrid: Escelicer.
- Unamuno, M. de. 1968d [1934]. “¡San Pablo y abre España!”. En *Obras completas iv*, ed. M. García Blanco, 1356–1358. Madrid: Escelicer.
- Unamuno, M. de. 1968e [1918]. “Sobre la tragedia del Príncipe Constante”. En *Obras completas iv*, ed. M. García Blanco, 1344–1348. Madrid: Escelicer.
- Unamuno, M. de. 1968f [1923]. “En memoria de Guerra Junqueiro”. En *Obras completas iv*, ed. M. García Blanco, 1349–1352. Madrid: Escelicer.
- Unamuno, M. de. 1968g [1914]. “La tragedia de Inés de Castro”. En *Obras completas iv*, ed. M. García Blanco, 1332–1336. Madrid: Escelicer.
- Unamuno, M. de. 1968h [1935]. “Nueva vuelta a Portugal”. En *Obras completas iv*, ed. M. García Blanco, 1359–1364. Madrid: Escelicer.
- Unamuno, M. de. 1971 [1895]. *En torno al casticismo*, ed. F. Fernández Turienzo. Madrid: Alcalá.
- Unamuno, M. de. 1987. *Antología poética*, ed. A. Trapiello. Madrid: Akal.
- Unamuno, M. de. 1997. *Poesías*, ed. M. Alvar. Madrid: Cátedra.
- Unamuno, M. de. 2001. *Madrid. Castilla*, ed. J. Juaristi. Madrid: Visor.
- Unamuno, M. de. 2004a [1902]. *Paisajes*. En *Obras completas vi*, ed. R. Senabre, 3–35. Madrid: Fundación José Antonio de Castro.
- Unamuno, M. de. 2004b [1922]. *Andanzas y visiones españolas*. En *Obras completas vi*, ed. R. Senabre, 381–610. Madrid: Fundación José Antonio de Castro.
- Unamuno, M. de. 2004c [1903]. *De mi país*. En *Obras completas vi*, ed. R. Senabre, 39–167. Madrid: Fundación José Antonio de Castro.
- Unamuno, M. de. 2004d [1911]. *Por tierras de Portugal y de España*. En *Obras completas vi*, ed. R. Senabre, 171–377. Madrid: Fundación José Antonio de Castro.
- Unamuno, M. de. 2005 [1892-1936]. *Paisajes del alma*. En *Obras completas vii*, ed. R. Senabre, 3–221. Madrid: Fundación José Antonio de Castro.
- Ynduráin, F. 1990. “Unamuno en su poética y como poeta”. En *Miguel de Unamuno*, ed. A. Sánchez Barbudo, 323–347. Madrid: Taurus.